

de reñir con mi compañero de armas. Respeto tu ira, por más áspero que seas en el reprender, y por más violento que te muestres en el zaherir.

CUÉLLAR.—¡Qué manso y qué sufrido te has vuelto en estos últimos días! Ya que no sientes el prurito de vengarte, me dejarás en libertad para que te vengue y me vengue. Yo no soy ni sufrido ni manso. Todavía amo á tu hermana. No atino á aguantar el desaire. Tú, que tanto has sabido sufrir de un desconocido como D. Fernando, más sufrirás de mí, que soy tu compañero de armas. Esta noche misma voy á robar á Laura. Amigaréme con ella. Luégo mataré á don Fernando. Tal vez, por último, me case con la honrada viuda. Tú lo llevarás todo con paciencia y me darás una absolucion tan generosa como la que á don Fernando has dado.

RIVERA.—Te he oído con calma impasible, porque veo que no vale mi prudencia, ni mi paciencia. Estás demente, frenético. Anhelas reñir y prefiero que riñas conmigo. Ó desistes de todo plan de ofender á mi hermana, ó atajará tus pasos mi acero.

CUÉLLAR.—Por cima de tí y de tu acero, he de ir adonde me llevan mi amor, mi deseo y mi encono. Mataré á D. Fernando. Laura será mi daifa.

RIVERA.—Voto al infierno que no será. Sal á la calle.

CUÉLLAR.—Detras de los muros del convento.

RIVERA.—Vamos.

CUÉLLAR.—Luego que te mate, iré donde me aguardan á pocos pasos los que han de secundar mi propósito.

RIVERA.—Tu propósito es morir, y vas á lograrle. (Vánse.)

ESCENA IV.

Sala en la quinta de D. Fernando. Armas y trofeos de caza. Algunos retratos. Los muebles entre rústicos y señoriles. Dos puertas laterales y una al fondo.

D. FERNANDO, PEREZ el escudero.

D. FERNANDO.—A fe mía que me duele en el alma la resolucion que tengo que adoptar, pero no hay más remedio. El tal indiano está delirante. La soberbia le embriaga. Es brutal y zafio, y no hay modo de poner freno á su lengua, ni coto ni límite á sus pretensiones audaces. En la plaza, á gritos, ha dicho que ha de matarme, que ha de robarme á la mujer, y hasta que ha de hacerse amar de ella en cuanto la hable á solas. Buena maña te has dado, amigo Perez, para inspirar confianza completa á ese bandido. En cuanto llegue, introdúcele hasta aquí, y déjale que vea á la señora, si ella no se ha retirado á su estancia. A Juquilla deténla con habilidad. ¿Cuántos son los rufianes que acompañan á Cuéllar?

PEREZ.—Cinco.

D. FERNANDO.—Me alegro de que sean tan pocos. No quiero que haya escándalo, ni lucha, ni sangre. Distráelos tú, y haz de suerte que los míos caigan de improviso sobre ellos, los aten de piés y manos, y los tengan en el patio. Si chillan, ponedles con suavidad sendas mordazas.

PEREZ.—Se hará como lo decís, mi amo.

D. FERNANDO.—Yo voy á salir metiendo mucho ruido; haciendo resonar las trompas de caza. A la vuelta del cerro, en el encinar, nos pararemos. Allí quedarán los perros y los caballos. Mi gente y yo volveremos á pié, con silencio grandísimo, y por la puerta del corral, de que llevo la llave, entraremos sin ser sentidos.

PEREZ.—Cuéllar, que debe llegar pronto, porque se acerca la hora, te verá partir con toda la gente. Esta noche hace una luna muy clara. Como, no bien te vayas, he de hacerle entrar, no podrá ver tu vuelta, ni recelará lo más mínimo.

D. FERNANDO.—Todo está preparado con primor y esmero. Sólo me aflige el susto que Laura va á pasar; pero es menester acabar de una vez. Despues viviremos como pastores de Arcadia.

PEREZ.—¿No tienes nada más que mandarme?

D. FERNANDO.—Nada. ¡Ah, sí! El dinero que Cuéllar te ha dado, repártelo entre los cinco rufianes cuando todo esté terminado. Quiero que me queden agradecidos. Yo te daré el doble.

PEREZ.—Bien está, señor. (Vase Perez.)

ESCENA V.

DON FERNANDO, LAURA.

LAURA.—¡Fernando mío! ¿Te vas y me dejas? No puedes figurarte lo que esto me apesadumbra. Mal haya el conde con su importuno convite. Si vieras qué miedo tengo de quedarme sola. A tu lado soy valiente; á tu lado, nada me asusta. Léjos de tí soy tímida como niña de pocos años.

D. FERNANDO.—No receles nada. Aunque yo me vaya, mi espíritu queda contigo, velando por tu bien. Ya comprendes que no debo desairar al conde. Dentro de cuatro dias estaré de vuelta.
(Se oyen fuera las trompas de caza que dan la señal de la partida.)

LAURA.—¡Qué pronto! ¿Has adelantado la hora?

D. FERNANDO.—No, amor mio. Son ya las diez. No puedo detenerme.

LAURA. (Abrazándole.)—Adios. No te rias de mí. Tengo miedo.

D. FERNANDO.—¿Me amas?

LAURA.—Con todo mi corazón.

D. FERNANDO.—Nada temas entónces. En tu amor se encierra un conjuro poderoso. Con él me evocarás si por acaso sobreviniese algun peligro. Adios. Quédate: no vengas á despedirme hasta abajo. (D. Fernando se va.)

ESCENA VI.

LAURA, sola.

(Asomada á un balcon, mira partir á D. Fernando y á su elegante comitiva. Suenan otra vez las trompas de caza.)

LAURA.—Bañado por los rayos de la luna parece más bello y más dulce su rostro varonil, cual si estuviese envuelto en velo luminoso de transparente plata. ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto le he querido siempre, aun cuando imaginaba que iba á odiarle! Ya toma de la brida al brioso alazan: pone el pié en el estribo y monta. ¡Cómo se alegra y ensoberbece el caballo de llevar tan noble jinete! Con impaciencia tasca el freno ansiando pasear á su gentil señor y mostrarle con orgullo por todas partes. Ahora hace piernas y corvetas para mi lisonja y agrado. Adios, Fernando, adios. Ya emprende la marcha. Quisiera yo que las sinuosidades del camino y lo quebrado del terreno no le robasen á mi vista. Le seguiría leguas, y se me antoja que por un esfuerzo de voluntad había yo de estar viéndole distintamente, cual si él estuviera cerca de mí. Vuelve la cara para mirarme. Me saluda. (Agita Laura el lienzo que tiene en la mano.) Adios, mi bien, adios. (Pausa.) Fernando me dobla la edad; pero su alma es más jóven que la mia. Toda su persona conserva además la lozanía y la gracia de los primeros años,

en raro maridaje con la gravedad majestuosa de la edad madura. ¡Dios mio! ¡Qué de priesa van! Ya se acercan á aquella revuelta. Pronto dejaré de verlos. Quiera el cielo que vuelvan cuanto ántes. Ya torció Fernando hácia el encinar. Ya se perdió, detras del cerrillo, cabalgando por la vereda.

(Laura se retira del balcon, y viene lentamente á sentarse en un sillón de brazos.)

(Nuevo momento de silencio.)

Mi temor es inmotivado, pueril. Cuéllar me decía que no había de sufrir á otro rival sino á Dios; que había de conquistar mi corazon ó perecer en la demanda; que había de matar á quien me enamorase; pero estos eran sin duda encarecimientos de pretendiente y bizarrías vanas de soldado jactancioso. Yo le contestaba con sinceridad algo que hoy debe parecerle disimulo, engaño y mentira. Yo le contestaba que yo no amaba á nadie sino á Dios y que deseaba retirarme á un convento. Grande ha de ser su rabia contra mí al saber que estoy casada, á los pocos dias de haberle asegurado mi desamor á todo hombre. Pero yo no le engaé. Tú, Dios mio, tú que penetras en el fondo de los corazones, sabes que no le engaé. Yo me engaé á mí misma. Yo aborrecía el recuerdo de mi pecado, y por eso creía que no amaba á aquel por quien pequé. Volvió á presentarse ante mis ojos: ví de nuevo á Fernando, y el amor, escondido en lo más íntimo de mi sér, donde ni yo misma le columbraba, brotó con ímpetu, surgió de repente más poderoso que nunca.—Cuéllar tendrá que resignarse. Dicen que es tremendo; pero respetará á mi marido. No es igual tratar con indios punto ménos que iner-

mes, con hombres sencillos y de casta tan inferior á la nuestra, que competir con quien en todo se le aventaja. Sin embargo, yo he mentido sin querer. Yo he prometido á Cuéllar ser de él si no era de Dios. Sí, casi se lo he prometido sin saber lo que decía. (Larga pausa.) ¡Ay! ¡qué horror! ¡Qué espantosa idea se ofrece á mi espíritu! ¿Y si Cuéllar fuese tan audaz como aseguran? ¿Y si acudiese á exigirme el cumplimiento de la promesa? Tengo miedo. Estoy temblando como una azogada. ¡Socorro! ¡Valedme, Virgen santa! ¡Qué soledad! Me parece que oigo un extraño rumor. ¿Por qué me has dejado, Fernando mio? No voy á dormir esta noche. Llamaré á Juana para que se quede conmigo. ¡Juana! ¡Juana! No me responde. ¡Juana! No viene. Tengamos valor. Amo á Fernando. En este amor, él me lo ha dicho, se encierra un poderoso conjuro. Evocaré á Fernando á fin de que me dé aliento. ¡Fernando!

ESCENA VII.

CUÉLLAR, LAURA.

CUÉLLAR. (Mostrándose de repente.)— Fernando está muy léjos y no te oirá. Aquí me tienes en lugar suyo. ¿No me dijiste que no serías sino mía ó de Dios? ¿Por qué me engañaste? Yo te amaba con toda mi alma. Tu falsía debió matar mi amor; pero mi amor sobrevive al desengaño.

LAURA. (Al ver á Cuéllar y al oír sus primeras palabras se asusta más, y cae en un sillón, cubriendo su rostro con las ma-

nos. Luégo se recobra y dice aparte:— ¡Valor, cielos, valor! (A Cuéllar.) ¿Cómo os atreveis á entrar aquí? ¿Qué audacia es la vuestra? Idos ó daré voces.

CUÉLLAR.— ¿Y quién ha de oírlas que te socorra? Tu marido se llevó á todos los criados.

LAURA.— Escuchad, Cuéllar: os lo confieso. El terror se apoderó de mí ántes de veros, pensando en una falta involuntaria que contra vos he cometido. Ahora veo que era mi conciencia quien me aterraba con harto sutiles escrúpulos. Vuestra insolente aparición disipa los escrúpulos sutiles. La serenidad y el brío vuelven á mi ánimo. Me mostraré digna de mi noble esposo. Sola como estoy me basto. Idos de aquí. Salid de esta casa. Pronto. No me insulteis. Esta es la morada de un caballero principal de Castilla: no es la choza ó el bárbaro palácio de los débiles indios que tan á mansalva solíais ofender.

CUÉLLAR.— Ya comprenderás, Laura, que el que se atrevió á entrar aquí se atreve á todo. Tus injurias ni me hieren ni me lastiman; me enamoran más y me inducen á hacerte mia. Esas palabras llenas de cólera, que brotan de tus frescos labios, me excitan á que las ahogue á besos. Será delirio, será aviesa condicion; pero te amo más miétras más me desdeñas. Necesito vengarte del seductor, ya que no supo vengarte tu hermano. Sígueme. Todo está pronto para el rapto. No pienses que me ocultaré despues de tu marido. Ya le buscaré, si él no me busca, y responderé de todo con mi espada. Vamos. Sígueme. (Agarra Cuéllar del brazo á Laura.)

LAURA.— ¡Suelta, bandido! ¡Fernando, socórreme!

CUÉLLAR. (Riendo.) — ¡Socórrela, Fernando!

ESCENA VIII.

Dichos y D. FERNANDO, acompañado de sus criados y pajes, en número de veinte á lo más, con trajes y armas de cazadores y con antorchas. Todos entran con ímpetu y rodean el grupo principal, dejando ancho espacio vacío en el centro. Juanilla entra en seguida con otras dos mujeres de la servidumbre.

D. FERNANDO.—Aquí me tienes, pronto á socorrerla.

CUÉLLAR. (Sorpresa, pero sin aturdirse ni inmutarse.)—No sois pocos los que venís en su socorro. Bien urdida traición, pero cobarde. Más de veinte contra uno. ¡Hola, Garcés! ¡Aquí de los míos!

D. FERNANDO.—Es inútil que los llames. Los que te acompañaban están maniatados en el patio y con mordazas á fin de que no alboroten. Yo pudiera matarte como quien mata á un ladrón, como quien mata á un perro rabioso, valiéndome para ello de mis criados. Me has ofendido sin razón y en público; me has amenazado de mil modos; has vomitado por esa boca desahogada todo linaje de agravios contra esta bella mujer á quien dices que amas; te has vanagloriado en todas partes de que me la quitarías y de que me matarías; y has venido, por último, á mi casa, espionando la ocasión en que me creías ausente, á fin de robármela y ultrajármela. Pues bien, á pesar de todo, me allano á tratarte como á caballero. Acepto el desafío á que me estás provocando tres días há. Para que sea

más solemne, traigo por testigos á todos los de mi casa. Me obedecen ciegamente y verán inmóviles cómo reñimos. Si me matas, te dejarán franco el paso. Nada receles. No he de pelear con otra ventaja que la que me da la justicia. Si quieres cerciorarte, mira: bajo mi colete de ante, sólo el delgado cambray cubre y resguarda mi pecho. Saca la espada y clávala en él si puedes. (D. Fernando saca la espada. Cuéllar hace la misma acción.)

LAURA. (Acude á interponerse.)—¡Ah! ¡Por piedad! ¡Cese vuestro furor!

CUÉLLAR.—No, Laura. El cielo exige que yo te venga á pesar tuyo. No tardará en morir tu seductor, como ya ha muerto el hermano sin honra que te dejó abandonada. Su sangre humedece aún mi acero.

LAURA.—¡Qué horror! (Cae desmayada en brazos de Juanilla, y las otras dos mujeres se acercan á cuidarla.)

D. FERNANDO.—Defiéndete sin tardanza ó te mato, ántes que envenenes á cuanto más quiero con esa lengua ponzoñosa. (D. Fernando y Cuéllar cruzan las espadas.)

ESCENA IX.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

(El Padre sale apresurado y se coloca en medio de los dos combatientes, separándolos.)

EL PADRE.—Deteneos. Ya basta de sangre. Vengo corriendo á caballo, en medio de la noche, á fin de evitar mayor mal. El indio Cipriano extrañó la salida de Rivera, y receló una desgracia. Le buscó, y á pe-

sar de su instinto prodigioso, llegó tarde donde se hallaba. Oyó sus gemidos y le llevó moribundo á su casa. Antes de morir, Rivera tuvo fuerzas para decirme que Cuéllar había venido aquí á cometer nuevos crímenes. Aquí estoy para impedirlos en el nombre de Dios Todopoderoso. Aplacaos. Que la misma catástrofe que acabo de presenciar sirva para conteneros. La desventurada mujer que excitó á Cuéllar contra Rivera, al verle morir por culpa suya, cayó llorando sobre su cadáver. Su amor mundanal por aquel hombre adquirió un grado de violencia diabólicamente sublime. La desesperacion de Júdas se apoderó de su alma. Corrió á la azotea. Asió una cuerda, atada por un extremo á los hierros de la barandilla, hizo un fuerte lazo corredizo, y puso fin á su atropellada existencia. La he visto muerta, aterradora. Aún traigo erizadas de espanto estas canas que cubren mi cabeza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Basta ya de delitos y de muertes!

D. FERNANDO.—Padre, es inútil lo que haceis. Os respeto, os amo; pero tengo que desoir vuestras amonestaciones. Apartaos. Dejad que peleemos. Creedme: este duelo tiene algo de religioso: es el juicio de Dios.

EL PADRE.—No blasfemes, hijo. Dios no pronuncia sus fallós por medio de un empleo bárbaro de la fuerza. No combatiréis si ántes no me matais. (Cuéllar y D. Fernando cruzan las espadas por segunda vez y el Padre Antonio se pone en medio.)

EL PADRE.—Mirad, hijos míos: en Roma, áun despues del Cristianismo, seguían combatiendo en el Circo los gladiadores. Un santo monje, llamado Telémaco, quiso acabar con aquella costumbre feroz. El monje Telémaco regó el Circo con su generosa

sangre; pero el combate de los gladiadores terminó para siempre. ¿Queréis vosotros, cubriéndoos de perpetuo baldon, proporcionarme, aunque indigno, una gloria y un triunfo semejantes?

CUÉLLAR.—Ea, Padre, idos al diablo con vuestras pedanterías. Aquí no queremos proporcionaros nada.

D. FERNANDO.—Ya he dicho que os respeto. Despues, si vivo, os pediré perdon de rodillas. Ahora ni puedo obedeceros, ni puedo consentir que me estorbéis en mi firme é inevitable resolucion. (Dirigiéndose á los criados que tiene más cerca.) Asegurad al Padre hasta que terminemos. (Los criados se apoderan del Padre Antonio, que lucha por desasirse, miéntras le apartan á un lado.)

EL PADRE.—¿Cómo osáis poner vuestras sacrílegas manos en el unguido del señor?

(D. Fernando y Cuéllar riñen.)

CUÉLLAR.—He de vengarme al cabo de tu seducion, origen de tantos males.

D. FERNANDO.—Yo no peleo por venganza, sino por necesidad, por seguridad y por justicia. Vénguese de tí, por mi mano, los indios del Perú y el inca Atahualpa. (D. Fernando hiera á Cuéllar, y éste cae á tierra.)

CUÉLLAR.— ¡Ah! (Muere.)

EL PADRE. (De rodillas y alzando al cielo las manos.)— ¡Misericordia, Señor, misericordia!

